



Amelia Jiménez: "Personajillo", con su modelo.

Tapices de Amelia Jiménez

Galería Seiquer Madrid

Tapices digo, porque hay que llamarlos de alguna manera. Tapices heterodoxos, debería llamarlos. Y el ser heterodoxo no es ningún desdoro... La historia de don Marcelino es un catálogo de españoles formidables... Y si es que ese título —heterodoxo— me parece demasiado imponente para el sonriente trabajo de Amelia, podría utilizar otro nombre. Los tapicistas usan el de "reposteros" para eso que ellos hacen, ensamblando paños con un sentido pictural en una superficie lisa... Pero el "repostero" tiene siempre una dimensión heráldica que no es, de ninguna manera, la que Amelia suele darle a sus tapices.

El primer ingrediente que Amelia pone en juego —antes que los tapices, las costuras y todo lo demás— es un poquito de cachondeo... nada heráldico, por cierto. Todos o casi todos los protagonistas de sus obras son "personajes", y hasta hay algún "personajillo" que me parece que es un hijo de la artista. Con alguna frecuencia, los tales personajes proceden de algún cua-

dro conocido, de algún museo conocido. Por ejemplo, hay una gran Madame Pompadour "d'après" Boucher, y hay una maja vestida que procede, claro, de Goya, y una "menina" o lo que sea que tiene su antecedente en el gran Velázquez.

¿Procede Amelia de la pintura? No lo sé, pero bien lo parece. Porque tiene el sentido "pictórico" de la economía de la mancha cromática. Donde ella tiene, por ejemplo, que plasmar una curvación, no la finge: se limita a expresarla con un trapo, que asume a la mancha, así, tal cual, sin buscar curvaciones aparentes, pero entrando dentro del juego fundamental de la pintura. Para las lineaciones, usa, como en los bordados, la aguja. De esa manera consigue unas figuraciones que no sólo son expresivas, sino que están llenas de gracia... Pero lo suyo es la reducción de todo a la ley del trapo: del trapo pobre o del opulento. Hay en lo suyo mucho traperío opulento, como procedente de ropajes lacayunos. Y cintas, y bordados y gualdrapas... En cierta manera, lo de Amelia es como un Valdés Leal, al revés. Lo que en Valdés Leal significa "Finis gloriae mundi", en Amelia es como una especie de exaltación —aunque zumbona— de las glorias visibles de nuestro mundo. Tapicista es Amelia, sí. Pero pintora. Porque las limitaciones de su facultad expresiva son limitaciones pictó-

ricas que ella se encarga de solucionar pictóricamente, aun cuando con la técnica del tapiz... o tal vez de "reposteros". Pero, de cualquier manera, heterodoxos, siempre heterodoxos... ■

"Mi Goya", esculturas-cerámicas de Pilar Ortega

Galería Módena Madrid

Se llama Pilar, es aragonesa, e interpreta libremente a Goya. ¡Eso ya es alevosía! ¿Habrán también premeditación? Y algo más: también es heterodoxa. Lo cual, después de decir que interpreta al padre Goya, me parece una redundancia... Está exponiendo en una galería que está especializada en arte "naif". "Naif", es decir, primitivo, ingenuo. Y de eso nada. Esa aragonesa —a la cual no conozco, porque cuando fui a la exposición no estaba allí— esa aragonesa se las sabe todas, o por lo menos casi todas. Y debo darle las gracias a Víctor Márquez, mi compañero en la Redacción de esta revista, que me recomendó la exposición de esa desconocida. Y digo que es una heterodoxa, porque ella transfiere a su medio, que es la tridimensión, lo que Goya vio bidimensionalmente... Y además, coge la escultura y la convierte

en cerámica. Y coge la cerámica y la transforma en escultura. Y toma la dramaturgia de Goya y le mete su miajita de humor...

Ahí, en ese "humor" es donde aparece lo que pudiera parecer "naivité": caras y gesticulaciones limitadas por su carencia de "esculturicidad", pero —y de ahí mi negativa a considerar ingenua a esta artista—, en donde la carencia —no-oculta— de magisterio escultórico aparece, con toda malicia le entrega la artista esa carencia a la gracia de una aparente ingenuidad... La gracia, he ahí la potencia máxima movilizada, no sé si conscientemente o subconscientemente por la artista. La gracia..., ¿no es acaso una forma sublimada de imperfección? Desde luego, la Afrodita de Gnido, que es bastante perfecta, no tiene ninguna gracia. Ninguna: lo suyo es otra cosa.

En otro sentido, los monigotes de Pilar Ortega, ni son perfectos ni aspiran a la perfección... Porque son eso muy conscientemente, monigotes, pero monigotes buenos. Hay aspiraciones a la perfección que se quedan tristemente en la calle.

Pues lo de Pilar Ortega ni es perfecto ni pretende la perfección. Pretende, sí, la expresión, que es una potencia de múltiples registros. No la expresión dramática de un Goya, sino la expresión bienhumorada de lo que debe ser su propio carácter. Porque, sí, ella debe ser así... ¿O tal vez no? ■ JOSE M.º MORENO GALVAN.



Pilar Ortega: "Versión goyesca".